



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islasadyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	3200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—INDOSTAN: Los casamientos de los catecúmenos en Pondichery, 381.—Una excursion en el bajo Egipto, (conclusion), 382.—AFRICA ECUATORIAL: Una excursion en el vicariato apostólico del Zanguebar: III, 384.—AMÉRICA MERIDIONAL: Mision franciscana de Manaos: IV, Otros detalles; V, Creencias religiosas, 386.—ESTADOS-UNIDOS: Misiones de las Montañas Berroqueñas; V, La tribu de los Corazones de Lesna; fe y piedad de los nuevos cristianos; VI, Educacion de la juventud; VII, La llegada de un misionero entre los corazones de Lesna, 388.—MELANESIA Y MICRONESIA: Viaje

del P. Verius, 391.—CRÓNICA: España, Cochinchina, oriental, Golfo de Guinea, Méjico, Tung-kin occidental, Noticias varias, 394.—Una carta satisfactoria, 397.—Las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con la China, 398.—La Paragua, 399.—MISCELÁNEA: 400.

FOLLETIN.—Viaje bíblico en Oriente. (Pliego 49 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Cárcel de san Luis, en Mit-Kamar, 381.—Antigua fábrica en venta en Mit-Kamar, 384.—Vista de Rubo ó Kingani, en Tunongo, 385.—Preciosas orillas del Ruvo, 388. Reunion de los jefes y de su gente en la cresta de Mwenyé, 389.—Alumnos de Trichinopoly, 393.

LOS DESEOS.

(PENSAMIENTO DE E. SOUVESTRE).

Examinando el techo de brezos que cubría su casa, murmuraba el tío Juan, arrendatario de la hacienda llamada «San José»:

—Ya está mohoso el granero y húmedo como una cueva; dentro de poco el trigo se llenará de verdin, y lo perderé, si tengo la desgracia de no venderlo pronto; pero los señores dicen que con estas casas tienen bastante los labradores...

—¿Qué hablas entre dientes?—preguntó una voz detrás del tío Juan.

Volvióse éste y se encontró de manos á boca con D. Antonio, el dueño de la hacienda, que acababa de oír su triste reflexión.

—No sabía que estaba V. ahí, mi amo—dijo saludando algo desconcertado y sin responder á la pregunta.

—Pero pensabas en mí, ¿no es cierto?—replicó D. Antonio sonriendo.—Veo que serás siempre el mismo, pobre Juan; nunca ves en los rosales más que las espinas, ni en la vida más que el lado malo.

El tío Juan meneó la cabeza.

—Muy fácil es hablar—dijo con voz sorda—á quien, como usted, es bastante rico para hacer todo lo que quiere.

—Porque no quiero hacer más que lo que puedo—replicó don Antonio—limitar los deseos á las fuerzas con que se cuenta, es mi regla de conducta, regla que tal vez habeis olvidado algunos de incluir en vuestro catecismo.

—Tampoco han debido olvidar otros, poner en mi bolsillo una prueba renta—repuso el tío Juan.—No es justo reconvenir á los pobres, porque tienen deseos sin medio de satisfacerlos. Me parece que, sin ofender á Dios, se puede pedir un techo que escurra el agua y no absorba la humedad como esos brezos mal-ditos.

—¿Es decir, que insistes en la idea de tener un techo mejor que el que tienes?

—Y tanto, que si tuviera dinero lo haría á mi costa; y saldría ganando, puesto que la habitación sería más sana y los trigos no se estropearían.

—Y ¿estarias contento sólo con eso?

—No pediría nada más á Dios.

—Mucho me alegraré de que así suceda—dijo D. Antonio.

Aunque me parece un gasto inútil, quiero cerciorarme de si hay modo de que estés satisfecho. Tendrás el techo que pides; uno de estos días enviaré los albañiles para que te lo arreglen.

El tío Juan sorprendido con esta concesión inesperada, dió gracias á su amo, y en cuanto éste se marchó, fué á anunciar á su familia la buena nueva.

Emprendió una parte del día en considerar las consecuencias de la apetecida transformación. Además del nuevo aspecto que daría á la casa, debían resultar grandes ventajas para la cosecha; pero bien pronto se apercibió de que éstas podían doblarse sólo con levantar un poco más las paredes sobre que descansa la armadura del techo. Este descubrimiento cambió completamente el curso de sus ideas. No pensó ya más que en este aumento de local y en los provechos que le reportaría. Sin esta modificación, el nuevo techo sería más que un cambio sin importancia; lo mismo daría dejar las cosas como estaban.

Hé aquí otra vez al tío Juan sumergido en sus reflexiones y deplorando amargamente su falta de recursos, que le detenía sin cesar en la ejecución de todos sus planes. Cuando fué á casa de D. Antonio para pagarle el arriendo, aquel, reparando en su aire preocupado, le preguntó la causa; y después de vacilar algún tiempo, el tío Juan confesó su nuevo deseo.

—Esto no es hacer una nueva petición,—continuó,—bastante ha hecho usted, mi amo, con habernos prometido quitar los brezos; no tenía usted obligación de hacerlo, y los pobres no tienen derecho á pedir más que lo que se les debe.

—Puedes añadir que en esto son iguales á los ricos,—replicó don Antonio;—pero veo que es difícil curarte: en cuanto ves un deseo cumplido, nace en ti otro nuevo. Sin embargo, quiero intentar tu cura: levantaremos las paredes del granero.

Esta vez el tío Juan declaró que tan alagüeña promesa colmaba todos sus votos, y volvió alegremente á la hacienda.

Pocos días después un maestro de obras, enviado por el dueño, fué á examinar los trabajos que habían de ejecutarse. El tío Juan le preguntó en el curso de la conversación lo que pensaba hacer de la madera vieja.

—Supongo que nada,—respondió el maestro de obras;—son maderas para construcciones rústicas, que no pueden sostener más que brezos y únicamente podrían servir para algún cortijo.

—Precisamente el nuestro es demasiado pequeño,—dijo el tío Juan.

—¿Y queda terreno para hacer otro mayor?

—Justamente, á la puerta de las cuadras; bastaría con tomar un poco del jardín. Vamos y lo veremos.

Fueron á ver el terreno que el maestro de obras no dejó de encontrar perfecto para lo que se trataba. Indicó al tío Juan to-

das las ventajas que resultarían de establecer allí vastos cobertizos, agrandar un poco el establo y hacer un foso para el estiércol. El tío Juan aprobó el proyecto con entusiasmo. Era el modo de completar las mejoras emprendidas, de dar á la hacienda una superioridad visible sobre todas las de la comarca y de utilizar la armadura vieja que se iba á reemplazar. Sin este complemento, las obras no darían resultados proporcionados á los gastos, y D. Antonio debía resolverse á hacerlo por su propio interés. Pero añadió que él no se atrevía á pedirlo.

—Me reconviene otra vez porque nunca tengo bastante,—dijo,—sin comprender que lo que pido es para el bien de la finca y por consiguiente para bien suyo. Si yo tuviese dinero hubiera hecho las obras por mi cuenta, pero los pobres nunca podemos poner en práctica nuestros pensamientos.

—No tenga usted cuidado,—dijo el maestro de obras, que no comprendía se pudiese gastar el dinero en otra cosa que en construir;—yo hablaré al amo, y se decidirá indudablemente á llevar á cabo las reformas.

El tío Juan le dió un millón de gracias y le suplicó que le avisase lo más pronto posible lo que resolviera D. Antonio.

Cuando se quedó solo el tío Juan empezó á dar vueltas en su cabeza á las ideas del maestro, que eran ya las suyas, y á calcular todo el provecho que era dable sacar de las nuevas construcciones. Gracias al cobertizo, podría sustituir las operaciones de invierno por las de verano; el ensanche del establo le permitiría aumentar el número de bestias útiles; y el foso para el estiércol haría utilizar el que aquellas produjeran. Evidentemente estos trabajos, en los que no había pensado al principio, eran adiciones indispensables; si él no los había reclamado para entonces, era por su repugnancia á quejarse; pero D. Antonio no podía negarlos sin obrar con notoria injusticia.

Sin embargo, pasaron muchos días sin que oyese hablar del maestro de obras. Su impaciencia se había convertido en angustia. Según todas las apariencias, D. Antonio no había accedido; debía renunciar á las utilidades soñadas; era preciso continuar en la misma estrechez y desistir de hacerse rico por no tener un poco de dinero ó por no encontrar en los ricos un poco de buena voluntad.

Estaba por completo entregado á estas tristes reflexiones, cuando oyó que le llamaban. Era el maestro de obras que había llegado á la hacienda y le andaba buscando.

—¡Está hecho el negocio, tío Juan!—exclamó.

—¿Qué negocio?—preguntó aquel, que no se atrevió á adivinarlo.

—El del cobertizo y establo.

—¿Consiente el amo?

—El mes que viene empezaremos las obras.

Y el maestro comenzó á relatar cómo había explicado el proyecto al propietario, y como éste, riendo, pero sin hacer ninguna objeción, le había pedido detalles minuciosos de todas las reformas que quería llevar á cabo.

El tío Juan volvió muy contento á examinar otra vez el sitio destinado á las nuevas construcciones, distribuyendo todo de antemano para la mayor comodidad del servicio. La antigua entrada de la hacienda era incompatible con el plan; se hacía preciso hacer otra atravesando el jardín, para lo cual había que cortar una alameda y cegar un foso. Decidió hacer otra obra á su costa y sin hablar de ella al amo. Pero de este modo se quitaba al cultivo una parte del jardín; ya reducido por la construcción del cobertizo; esta era para el tío Juan una pérdida, por la que no podía negarle una compensación el propietario de la finca. Justamente lindando con el jardín, tenía D. Antonio un terreno sin utilizar; y el tío Juan juzgó que podría reclamarlo á título de remuneración. En consecuencia, fué á casa del amo con pretexto de saber la época en que empezarian las obras anunciadas.

—Espero que estarás satisfecho,—le dijo D. Antonio en cuanto le vió.

—Los pobres no tienen derecho á quejarse cuando no les falta el pan,—respondió hipócritamente el arrendador.

—Es un precepto de resignación cristiana,—dijo D. Antonio;—pero yo creía que tenías algunos otros motivos de satisfacción. ¿No te he concedido todo cuanto deseabas, incluso grandes reformas en la hacienda?

—Estoy muy agradecido,—contestó el tío Juan;—pero bien sabe usted que los labradores vivimos de la tierra, y quitarnos algún pedazo de ella es como quitarnos un pedazo de pan.

—¿Y quién pretende quitarte nada?

—El cobertizo de usted y la entrada para ir á él, quitan una gran parte del jardín. Yo no he nacido para quejarme, pero si quisiera usted permitirme que cultivase un pedacillo de tierra que linda en el jardín, esto sería una compensación.

—¡Ah! muy bien,—dijo D. Antonio;—pero me parece que ese pedacillo de tierra, como le llamas, tiene más de una fanega.

—No puedo asegurarlo,—replicó el tío Juan con aire inocente,—nunca lo he medido; mas para pobres como nosotros es algo, mientras que para usted nada.

—Toma asiento y escúchame con atención,—dijo entonces don Antonio. Y mientras el tío Juan se sentaba, abrió un cajón de su mesa-despacho, de donde sacó unos papeles.—Vamos á cuentas,—prosiguió.—Aquí está el presupuesto de las obras que me

has pedido; asciende, como podrás ver, á dos mil cuatrocientas treinta pesetas; añadamos la fanega de tierra y subirá á unas tres mil quinientas pesetas de *deseos satisfechos* en menos de un mes. A este tenor, se necesitarían, para contentar á un *pobre hombre* como tú, nueve mil duros de renta, es decir más del doble de lo que poseo, y aun no estás satisfecho. Desde que te prometí un techo más sólido para la casa, has pasado de un deseo á otro, siempre intranquilo y quejoso, sin tener por bueno lo ya conseguido.

Ya lo ves, la riqueza es impotente para hacer la dicha del que no sabe limitar sus aspiraciones y goces á lo que tiene. Los antiguos hablaban en sus fábulas de las hijas de un rey condenadas á llenar en los infiernos un tonel sin fondo: esto es precisamente lo que quieres hacer tú. La felicidad, que buscas en vano desde tu juventud, no se encuentra donde crees; no está ni en la riqueza ni en el poder ni en nada de lo que bulle en derredor nuestro; Dios la ha puesto más á nuestro alcance: la ha puesto en nosotros mismos!...

El tío Juan, que había escuchado con suma atención á D. Antonio, cuando éste acabó, dijo muy conmovido:

— Señor, tiene usted razón sobrada. De exigencia en exigencia, ó mejor dicho, de deseo en deseo, he llegado á donde nunca creí llegar. Usted me ha vuelto á la realidad con sus palabras y esta lección me será muy provechosa. Yo le juro que en adelante sabré ser feliz, no deseando más que aquello que esté en mi mano realizar.

LA PALOMA DEL CARMELO.

CUADRO TERCERO.

PERSONAS DEL TERCER CUADRO.

TERESA.—ELENA.—JUANA (*intima amiga de Teresa*).—LEONOR (*sobrino*).—VARIAS RELIGIOSAS.

Huerto-jardín de un convento, en último término, desde donde se sube por algunos escalones á la sala, que, separada del jardín por una balaustrada, se halla en primer término.—Puertas laterales.—Mobiliario severo.—Algunas parejas de Religiosas se están paseando por el jardín, platicando en silencio.

ESCENA PRIMERA.

SOR JUANA.—SOR ELENA, las cuales subiendo del jardín se sientan en un banco de la sala.

ELENA. . . . Sentémonos aquí, Juana, y podremos platicar.
Estoy cansada de andar.
JUANA. . . . Como tú quieras, hermana. Hace un tiempo delicioso.
ELENA. . . . Y esta huerta es muy amena.
JUANA. . . . ¿Te gusta este campo, Elena?
ELENA. . . . Es muy grande y deleitoso. Desde aquí también podremos gozar de hermosura tanta.
¿No es verdad?
JUANA. . . . Ciertamente que encanta el jardín que aquí tenemos.
ELENA. . . . No era tan grande el que había en el convento de Gracia.
JUANA. . . . Tuviera por gran desgracia si un sitio así no tenía. Porque, vamos, es verdad: lo que nos dice Teresa: al espíritu embelesa del campo la variedad. Ver agua, campos y flores es, dice, el libro mejor, en donde del Criador descúbrese los amores. Cuando allí estabais, ¿es cierto que ya el campo le gustaba?
¡Oh, lo que ella disfrutaba en aquel pequeño huerto! Recuerdo que sor María... (¡qué mujer aquella, Elena! ¡qué alma tan pura y tan buena! ¡y lo que ella nos quería!...)
Recuerdo, entre otras cosas, que, tras de mucho pedir, nos concedió el perseguir en el huerto mariposas. Una, más veloz que el viento en un rosál se posó... ¡La del humo! dije yo; pero Teresa, al momento, dando sus sencillas galas al aire, halló la mariposa

en el cáliz de una rosa, y la cogió por las alas. En el hueco de su mano presa la tuvo un instante; mas al ver su chal brillante trocado en polvo liviano, y al mirarla amortecida, por no estar en su elemento, la soltó; y cruzando el viento recobró galas y vida.

¿La has soltado? dije yo. Sí, me contestó Teresa; no sufrí contemplar presa á quien con alas nació. Miré al alma, que nacida para alzar sublime vuelo, va arrastrando por el suelo de vil esclavo la vida. ¿Y qué quieres? Fué una cosa que me infundió dulce calma ver, dijo, el vuelo de un alma en el de una mariposa.

JUANA. . . . ¡Siempre los mismos anhelos!
ELENA. . . . Pero que creciendo van, y que sólo cesarán cuando vuele hasta los cielos.
JUANA. . . . Si imagino que ya vive vida del cielo en la tierra. ¡Qué tesoros su alma encierra! ¡Qué altos favores recibe!... ¿No sabes? Pero allá pasa

(*Teresa y Leonor atraviesan el jardín*).

ELENA. . . . con su sobrina Leonor. Y acá vienen. Sí. ¡Qué ardor divino el rostro le abrasa!

ESCENA II.

TERESA.—LEONOR.—ELENA.—JUANA.

TERESA. . . . ¡Hola! ¿Aquí estais?
JUANA. . . . Platicando nos hemos quedado aquí.
LEONOR. . . . Lo pensaba; pues no os ví en la huerta paseando.
TERESA. . . . (*Al sentarse*) Sentémonos un momento con tan buena compañía. Ven, Leonor. (*Le hace sitio*).
LEONOR. . . . (*Distraída*) Ya vengo, tía.
TERESA. . . . (*Cariñosamente*) Cerca de mí.
LEONOR. . . . (*Sentándose*) Ya me siento. Bien se está aquí.
ELENA. . . . (*Tendiendo la vista*) Encantador es aqueste panorama. Para quien de veras ama todo lo pinta el amor.
TERESA. . . . Y, claro está, como amais vosotras con alma fiel á Jesús...
LEONOR. . . . Con tal pincel, de oro todo lo pintais.
ELENA. . . . Buena sobrina, muy buena saldrá Leonor, si es que Dios no lo remedie.
LEONOR. . . . Las dos pedid al Señor, Elena, que el remedio no me dé para ese mal que imagina tu celo; y de ser sobrina yo no me avergonzaré.
TERESA. . . . ¿Pues no seréis habladoras? Por Dios, no olvidéis, Leonor, que se evapora el amor con las palabras sonoras. Si á esta soledad te trajo Jesús misericordioso, á solas con tal Esposo olvida lo de acá abajo. Deja complacencias vanas. y en Dios absorba la mente hallarás en El la fuente de delicias soberanas.
JUANA. . . . (*Ap. á Elena*) (Volará la palomica).
ELENA. . . . (*Ap.*) (¿Cómo no, con tal maestra?)
LEONOR. . . . No temo, si usted me muestra el camino... (Se continuará).

Imp. de Bertrán y Altés, Pelayo, 60, bajos.

SECCION DE ANUNCIOS

OBRAS DEL PADRE EMILIO BERARDI

De Sollicitatione, 3'20 ptas.—Praxis Confessariorum, 18 ptas.—De Recidivis et Occasionariis, 7 ptas.—Casus Conscientiæ, 1'25 ptas.—Ad libellum Anonymum, cui titulus De Clerico proxime sacris Ordinibus initian- do animadversiones nonnullæ, Aemilii Berardi responsio, 1'50 ptas.—L' Uomo Apostólico provveduto, 7'50 pe- setas.—Examen Confessarii et Parochi, seu Compendium Theologiæ moralis et pastoralis, 11 ptas.

VIDA PORTENTOSA DE LA ESCLARECIDA VIRGEN

SANTA ROSA DE SANTA MARIA

VULGO

SANTA ROSA DE LIMA

Arreglada para esta edicion á vista de los manuscritos inéditos del Rdo. P. Fr. José Antonio Catá de Cale- lla, Capuchino exclaustro; é impresa á coste de su hermano en religion el Rdo. P. Fr. Tomás Sala y Figue- roa de Arenys de Mar.—Con licencia eclesiástica. Precio 2'50 ptas.

VIA CRUCIS PERPÉTUO

por el Rdo. Padre José Coll, Franciscano; á 15 céntimos en rústica.

EL PURGATORIO Y LA

DEVOCION A LAS BENDITAS ALMAS

dividido en tres partes por el P. Fray José Coll, de los menores observantes de san Francisco, 2.ª edi- cion; en rústica, 1'75 pesetas; encuadernado, 2'75.

OBRAS DEL RDO. PADRE FRANCISCO JAVIER SCHOUPPE, S. J.

Adjumenta oratoris sacri. 1 tomo 4.º, 5 ptas. rama y 6'50 encuadernado.—Evangelia Dominica- rum. 2 tomos 4.º, 10 ptas. en rama y 13 encuadernado.—Evangelia de communi Sanctorum. 1 tomo en 4.º, 5 ptas. rama y 6'50 encuadernado.—Cursus Scripturæ sacræ. 2 tomos en 4.º 10 ptas. en rama y 12 encuadernado.—Praxis recollectionis menstruæ. 1 tomo en 4.º 1'50 pesetas y 2'76 encuaderna- do.—Explanatio Psalmorum. 1 tomo en 4.º 4 pesetas y 5'50 encuadernado.—De sensu cæremoniarum Missæ brevis explicatio. 1 tomo en 4.º, 1 peseta.—Prolegomena in S. Scripturam. 1 tomo en 4.º, 1'50 pesetas y 2'25 encuadernado.

OBRAS DEL RDO. D. JOAQUIN SOLANS, PBRO.

Manual Litúrgico ó sea breve exposicion de las sagradas ceremonias que han de observarse en el santo Sacrificio de la Misa, así privada como solemne, en la exposicion del Santísimo Sacramento, en las funciones más principales de entre año, en la administracion de los SS. Sacramentos, Bendiciones, etcétera, del Ritual Romano, y en la visita Pastoral. Van tambien dos apéndices, uno muy útil á los RR. Párrocos, en el cual se pone el método que han de guardar en los Oficios del Patron del lugar, et- cétera, y en las traslaciones que dichos Oficios importan, segun el Breve del Papa Leon XIII y las nue- vas Rúbricas y otro que contiene algunas novísimas resoluciones de la S. Congregacion de Ritos.

Tercera edicion, corregida y notablemente aumentada por el mismo Autor. Con aprobacion del Ordinario.—Encuadernada la obra en un solo volúmen, 7 pesetas.

PRONTUARIO LITÚRGICO, ó sea breves comentarios sobre las Rúbricas del Breviario de S. S. el Papa Leon XIII, dado en 28 de Julio de 1882. Con aprobacion del Ordinario.—Un tomo en 8.º 3 pese- tas, en pasta.

RAMILLETE LITÚRGICO, ó sea pequeño ceremonial del seminarista, en el cual se trata del modo como deben portarse los Acólitos ó Ministros inferiores en todas las funciones sagradas y principal- mente en el santo sacrificio de la Misa para servirla con perfeccion, segun las Rúbricas del Misal, Ce- remonial, etc., y la doctrina de los más autorizados rubriquistas. Segunda edicion. Con aprobacion del Ordinario.—Un tomo en 16.º Su precio 0'75 céntimos, encuadernado.

CASOS DE CONCIENCIA

ACERCA DEL LIBERALISMO

sacados de la obra escrita en latin, por P. V., Profesor de Teología moral. Traducidos y adicionados con algu- nas notas, por D. Jerónimo Seisdedos y Sanz, Pbro., Catedrático de Sagrada Teología. Y precedidos de un Pró- logo de D. J. M. Orti y Lara, Catedrático de Metafisica.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.—Precio 2'50 pesetas.

Los pedidos á D. Juan Grabulosa, Librería de la Inmaculada Concepcion, Buensuceso, 13, Barcelona.